

Serena Vitale

LA CASA DE HIELO



M A R B O T

Título original: La casa di ghiaccio
Publicado por Mondadori en marzo de 2000

Traducción de Queralt Ciganda
Diseño de cubierta de Xavier Carbonell
Maquetado por Estudi Purpurink

1ª Edición octubre 2014

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas, la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios.

© 2014 de todas las ediciones en castellano
Marbot Ediciones

e-mail: marbot@marbotediciones.com
www.marbotediciones.com

ISBN: 978-84-92728-47-3

BIC: BT

Depósito legal: B 21240-2014

Impreso en Gràfiques 92, S.A.
Avda. Can Sucarrats, 91 08191
Rubí (Barcelona)
Impreso en España - Printed in Spain

La traducción de esta obra
ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo
per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@seps.it - www.seps.it

Seiscientos veinte perros y dos docenas de camellos seguían a Pedro II cuando, el 8 de septiembre de 1729, dejó Moscú para su enésima partida de caza, la cual tendría lugar otra vez en Gorenki, donde otra vez le iba a alojar Aleksej Grigor'evič Dolgorukov, padre del favorito Ivan. El príncipe Aleksej haría todo lo humanamente posible por complacer y divertir al soberano, que había festejado el decimocuarto cumpleaños precisamente en sus tierras; tan pronto como se presentase la ocasión, lo dejaría solo con Ekaterina, la mayor y la más bella de sus tres hijas. Dieciocho años, de aspecto delicado, de índole indómita y caprichosa, Ekaterina Alekseevna tenía desde hacía tiempo una aventura con el conde de Millesimo, secretario de la misión austríaca en Petersburgo; la ambición anuló cualquier otro sentimiento, la ilusión por la corona le robó el pudor: se convirtió en la amante del zar. Convencido de haber traicionado la hospitalidad, la confianza de las personas que más devoción le tenían, Pedro II se comportó como lo exigía el honor; de vuelta a Moscú, el 19 de noviembre anunció al Consejo Supremo y a los altos cargos militares su matrimonio venidero con Ekaterina Dolgorukova; un ucase le confería el título de «alteza imperial» y «augusta prometida», el clero tenía que acordarse de su nombre durante los ritos religiosos. El pueblo de Moscú exultó de alegría: el «pequeño sol» se casaba con una hija suya, de purísima sangre boyarda; ahora iba

a quedarse para siempre en la vieja capital repudiando definitivamente Petersburgo, la «ciudad de agua y marismas» amiga de Europa, con sus «hombres nuevos», sus raras costumbres extranjeras. La rabia y la consternación se apoderaron en cambio de los innumerables enemigos de los Dolgorukov, la potente y arrogante familia que acaparaba cargos, riquezas, condecoraciones. Ya habían conseguido someter la débil voluntad del inmaduro zar, y emparentándose con él se convertirían ahora en los regentes intocables.

A las tres de la tarde del 30 de noviembre, acompañada por un numeroso séquito, Ekaterina Dolgorukova llegó al palacio Lefort; los miembros de la familia imperial ya la estaban esperando rodeados de dignatarios de la corte, generales, diplomáticos (solo faltaba el conde de Millesimo, enviado precipitadamente a Viena *en courrier*). La corona dorada que señoreaba su carroza impactó contra el arquitrabe del portal, cayó sobre los adoquines, se hizo añicos:

—¡Mala señal! —exclamaron desde la muchedumbre—. ¡Esta boda no se va a celebrar nunca!

En cada puerta de la residencia del zar, incluso en el salón destinado a la ceremonia, había hombres armados del regimiento de la Guardia Preobraženskij, llamados por Ivan Dolgokurov para abortar incursiones, sorpresas. Asistido por obispos y archimandritas, el arzobispo de Nóvgorod Feofan Prokopovič celebró la misa, bendijo los anillos. La gran duquesa Elizaveta y la zarina Praskov'ja, viuda de Iván V, también fueron a besar la mano de la «augusta prometida», ocultando su desprecio; su rostro había mantenido todo el rato «una expresión desdeñosa y soberbia, inadecuada por imprudente».

Para coronar el triunfo de los Dolgorukov (Aleksej Grigor'evič recibió cuarenta mil almas como presente, Ivan Alekseevič fue nombrado gran camarlengo), a finales del año llegó noticia desde Siberia de la muerte del serenísimo príncipe Menšikov, el que fuera en su día el predilecto de Pedro I, convertido luego en ávido y omnipotente tutor de Pedro II. Máximos responsables de su desgracia, los Dolgorukov habían conseguido en 1728 su reclusión de por vida en la cárcel de Berězov.

El 6 de enero de 1730 los prometidos asistieron al «Jor-

dán», la tradicional bendición de las aguas. Durante cuatro horas Pedro II montó a caballo, con la cabeza descubierta, por el Moscova helado; la misma noche sintió una fuerte migraña, fiebre, temblores: el hielo del río, diagnosticaron los médicos de la corte. Dos días más tarde tuvieron que rectificar: era la viruela. A primera hora del 19 de enero de 1730, el muchacho selló su matrimonio con la muerte. Ivan Dolgorukov anunció al sinfín de dignatarios congregados en el palacio Lefort que antes de pasar a mejor vida su majestad había designado a su «augusta prometida» como heredera al trono ruso.

—¡Viva la emperatriz! —gritó desenvainando el sable y elevándolo en el aire.

Nadie le acompañó, nadie imitó su gesto. Mientras el cuerpo del zar llegaba lavado y vestido, el Consejo Supremo se reunió para decidir quién gobernaría Rusia: con la muerte de Pedro II se había interrumpido la descendencia masculina de los Romanov. Tomó la palabra el príncipe Dmitrij Michajlovic Golicyn:

—A los bastardos de Pedro II no vale la pena ni mencionarlos... En cuanto al testamento del difunto soberano a favor de Ekaterina Dolgorukova, del cual acabo de tener noticia, es falso...

La elección favoreció finalmente a Ana, duquesa de Curlandia, hija de Iván V. Derrotados, los Dolgokurov prendieron fuego apresuradamente al testamento de Pedro II que el 17 de enero, al término de un agitado consejo de familia, habían redactado en dos copias. El príncipe Ivan había firmado una imitando la escritura del soberano, por si acaso fallaba el intento de inducirlo a firmar la otra copia. Falló: el zar moribundo ya no recobró el conocimiento.

En abril, la «esposa frustrada» —así llamaban ahora en Moscú a Ekaterina Dolgorukova— dio a luz prematuramente a una niña muerta. Ya no había más obstáculos para la nueva emperatriz, podía empezar la persecución de los Dolgorukov. Por haber desviado al jovencísimo monarca de «una conducta buena y honesta», por «haberle impuesto en una edad aún poco madura para el matrimonio el noviazgo con su hija Ekaterina... así como un día Menšikov lo había obligado a prome-

terse con su hija... por haber dañado la salud de su majestad con continuos viajes lejos de Moscú, no solamente en verano, sino también en los días más fríos del otoño y del invierno», el príncipe Aleksej Dolgorukov quedaba condenado al confinamiento perpetuo en sus posesiones de Penza; los familiares deberían acompañarlo. Estos se pusieron en marcha enseguida; a lo largo del camino el séquito (cien criados, doscientos perros) paró en la finca de Selišče, propiedad de los Dolgorukov: los príncipes querían hacer una partida de caza; Ekaterina, debilitada por el parto, necesitaba un descanso. El 19 de junio les alcanzó un mensajero con un nuevo decreto imperial: privados de todos sus títulos y bienes, debían dirigirse inmediatamente a Berězov, donde les esperaba la cárcel de por vida. Las cuatro estancias de la vieja casa de madera que habían alojado al odiado Menšikov, en el patio de la prisión, acogieron al príncipe Aleksej y a la princesa Praskov'ja, los hijos Nikolaj, Aleksej, Aleksandr, Elena, Ekaterina, Anna; el príncipe Ivan y su mujer Natal'ja se quedarían en el almacén.

Construida por los rusos a finales del siglo XVI para recordar a los pobladores locales quiénes eran los nuevos señores de la Siberia, Berězov se alza más allá de los Urales, sobre las escarpadas orillas del Sos'va, un poco antes de la confluencia con el Ob'. Más de mil verstas de bosques de taiga la separaban de la ciudad más cercana, Tobol'sk; rodeada de marismas, sumergida en la interminable noche del círculo polar, azotada por vientos despiadados, quedaba libre de la capa de nieve solo durante las tres semanas del efímero verano. Entre los presos, aislados del mundo (no podían enviar ni recibir cartas), exasperados por la reclusión (solo podían abandonar la cárcel para ir, con escolta, a la iglesia), lastimados por el frío, por el aburrimiento, por las penurias, volvieron a aflorar viejos rencores, nacieron nuevas acusaciones, disputas, peleas; el príncipe Aleksej alzaba a menudo la mano a sus hijos varones, reprochaba cruelmente a Ekaterina no haber traído vivo al mundo un heredero al trono.

La esposa frustrada pasaba los días en un rincón de la estancia que compartía con su hermana, tan alejada como podía de disputas y contiendas, abstraída en bordar, leer libros sa-

grados; cuando el tiempo era más clemente salía al patio para dar de comer a las ocas del estanque. Rara vez hablaba, apenas para impartir órdenes a familiares y carceleros; encastillada en una gélida arrogancia, se comportaba como la futura emperatriz de todas las Rusias aunque comiera con cubiertos de madera y bebiera de una taza de estaño. Despreciaba y rehuía a los habitantes de Berězov que, con el tiempo, conmovidos por la desgracia de los prisioneros, habían roto el cerco de su soledad yendo a visitarlos, recibéndolos en sus propias casas. Los nuevos amigos de Ivan Dolgorukov, convertido en cabeza de familia después de la muerte de la madre y del padre, eran el mayor Petrov, responsable de la siempre muy laxa vigilancia, el caporal almacenista Koz'min, el viejo vaivoda Bobrovskij, el subteniente de la marina militar Ovcyn, algunos sacerdotes; a veces también coincidía con Tišin, un funcionario de la oficina de aranceles de Tobol'sk. Llevaban regalos: piezas de caza, frutos pálidos y miserables del norte, *agnellotti*, crema agria, y sobre todo vodka, panacea del cuerpo y del alma en aquellas latitudes ingratas. El alcohol desataba la lengua del príncipe Ivan, que había retomado la antigua vida disoluta; ebrio, se permitía emitir severísimos juicios a propósito de Ana, la «zarina sueca», y de su amante Bühren, «sobrino de un palafrenero», contaba historias picantes de la corte: la gran duquesa Elizaveta también había tenido como amante a su jovencísimo sobrino, el futuro Pedro II... A Tišin, en cambio, el alcohol le desataba las manos, y una noche le dedicó a Ekaterina Alekseevna demasiados halagos. La princesa ordenó al hermano que el vulgar pretendiente fuese castigado como merecía. Apaleado por Ovcyn y dos compañeros suyos, Tišin se vengó: el gobernador de Siberia tuvo noticia de que en Berězov se mostraba excesiva indulgencia con los criminales de Estado, se escuchaban sus discursos subversivos sin dar cuenta a la autoridad.

Una noche de septiembre de 1738 desembarcó a orillas del Sos'va, desde una gran barcaza, un pelotón de soldados armados. Al amanecer, la embarcación volvió a salir hacia Tobol'sk con más de sesenta hombres encadenados, entre los cuales estaba el propio Ivan Dolgorukov. Después de la inves-

tigación, llevada a cabo «con celo» (látigos, tenazas, hierros candentes, caballetes), el mayor Petrov fue condenado a decapitación, otros a extirpación de nariz, vara, confinamiento, trabajos forzados. El príncipe Ivan permaneció por su parte largo tiempo en los sótanos de la cárcel de Tobol'sk, encadenado a un muro; los verdugos le impedían dormir, solo lo liberaban para estirarle los miembros con la garrucha. Extenuado por las torturas, con la mente ofuscada, en su delirio Ivan Dolgorukov reveló incluso lo que nadie le había preguntado: cómo se gestó el testamento falso de Pedro II, cómo se habían confabulado, junto con el padre, los tíos Vasilij Lukič, Sergej y Ivan Grigor'evič Dolgorukov. Se abrió una nueva investigación, y en noviembre de 1739 se decretó el castigo: decapitación para los tres nuevos imputados, la rueda para Ivan Dolgorukov, amputación de la lengua y trabajos forzados para su hermano Nikolaj, deportación a Kamčatka para sus hermanos Aleksandr y Aleksej (galeote el primero, grumete el segundo), segregación en distintos conventos para las princesas.

Ekaterina Dolgorukova llegó bajo escolta al convento de la Resurrección de Gorickij, un pueblo del Lago Blanco; allí habían sido encarceladas mujeres ilustres como la nuera de Iván el Terrible y la hija de Boris Godunov, lo cual era motivo de consuelo, incluso de orgullo para ella. Fue recluida en la prisión: una isba escondida detrás de los establos y las cuadras, dividida en tabucos alumbrados por una claraboya minúscula; nadie podía ver a la reclusa, salvo la monja encargada de su vigilancia y la higúmena. Esta llevaba al cuello un pesado rosario de madera que en sus manos cumplía las funciones de un látigo; un día lo utilizó para atizar a la presuntuosa prisionera, que la trataba como a un perro. Ekaterina Dolgorukova no se apartó para esquivar el golpe, no manifestó sorpresa ni dolor, se limitó a decir a la religiosa, cuyos humildes orígenes había adivinado: «Respetar la luz hasta en la oscuridad, yo soy una princesa y tú una sierva de la gleba.» Cuando la visitó un general de Petersburgo, un alto funcionario de la Cancillería Secreta, no se alzó en su presencia, le giró la cara ostentosamente. El hombre ordenó que la «libertina» fuera castigada: le redujeron las ya modestas raciones, tapiaron la claraboya.

En ejecución de un rescripto de Ana, que llegó a Siberia cuando la emperatriz ya estaba muerta, en diciembre de 1740 Ekaterina Dolgorukova sufrió la tonsura en el convento de la Natividad de Tomsk: una iglesita decrepita, seis celdas, monjas viejas y enfermas que vivían de la caridad, olvidadas hasta por las autoridades eclesiásticas; el pan escaseaba, el té era un lujo raro, el azúcar un milagro. No respondió a las preguntas del hieromonje Mojsej: ¿era la suya una vocación auténtica? ¿Qué la llevaba a abandonar el mundo? Le pusieron el velo en la cabeza afeitada, la hicieron vestirse con el hábito de novicia. Dormía sobre un banco de la celda que compartía con la vieja carcelera, en la cual entraba a veces, para resguardarse del frío, el soldado que estaba de guardia, día y noche, en la puerta. No se quedaba sola ni siquiera cuando, una vez al mes, se cambiaba la camisola de tela. Alguna que otra vez la dejaban ir —no más de cien pasos—, hasta el campanario; subía los peldaños de madera y escrutaba largo rato las colinas del horizonte. Un mensajero venido de Tomsk la conminó a entregar el anillo de compromiso que todavía llevaba en el dedo de su mano agrietada, ofendida por el frío y la suciedad; ella respondió ásperamente: «Es mío, un regalo de mi augusto prometido. Solo os lo daría si me cortaseis la mano.»

En enero de 1742 la emperatriz Isabel I restituyó la libertad a la novicia Dolgorukova. A la hora de irse, Ekaterina Alekseevna se despidió muy amablemente de la carcelera, de las monjas: parecía que estuviera diciendo adiós a anfitriones de su mismo rango, con los que hubiera pasado un agradable rato. En Petersburgo descubrió complacida que muchos aún la seguían llamando «augusta prometida». La emperatriz, en cambio, se inquietó, e intentó casarla como fuera: en Rusia no faltaban tarambanas dispuestos a aventuras desesperadas. Pero la soberbia de Ekaterina Dolgorukova, sus modos autoritarios, su carácter «violento», desanimaban los posibles pretendientes. Seguía sin embargo siendo bellísima, y competía en elegancia con Isabel: era la única de las damas de honor que ignoraba la prohibición de lucir en la corte vestidos parecidos a los de la soberana.

A finales del verano de 1745, justo después de quedarse

viudo, el conde Aleksandr Borisovič Bruce, ansioso por hacerse con la inmensa fortuna que se había restituido a los supervivientes de la familia Dolgorukov, pidió la mano de Ekaterina Alekseevna. Esta se plegó a la voluntad de la emperatriz, pero repudió al marido: el matrimonio no se consumó. Pocas semanas después de la boda la condesa Bruce quiso ir a Nóvgorod para rendir homenaje a las tumbas de sus parientes ajusticiados. Volvió a Petersburgo con fiebre. Exigió la verdad a los médicos, y cuando le dijeron que le quedaban pocos días de vida por culpa de una afección pulmonar, ordenó que quemaran, delante de ella, en la estancia misma donde se estaba consumiendo, todos sus ropajes, su lencería: «Nadie después de mí se pondrá la ropa que vestía el cuerpo de la augusta prometida.»